con asistencia del Virrey, real audiencia, tribunales y todo lo más selecto de la capital.

"Dejó en su testamento se vinculase una Santa Espina de la Corona de Nuestro Redentor, engastada en oro y guarnecida de diamantes; mandas de 39 reales de a ocho, a un chino que le servía, y de quien parece tenía más confidencia; y a otro chino 19 reales de a ocho, por cariño que le tenía, por haberlo criado. A los demás chinos (que su familia se componía de sólo ellos, y eran muchos), dejó en recomendación a su albacea. Dió libertad a sus esclavos que parece eran ocho".

¡Quizás el que en vida fué apodado "el duende" lo sea ahora, efectivamente, y en las noches solitarias salga de su tumba y ronde por el espacioso templo de San Agustín, lamentándose con lúgubres gemidos de que tan sagrado recinto se halle convertido en mansión de libros..... y de ratas!

LA CHINA

Desde que se estableció el comercio entre Manila y Acapulco, a raíz de la conquista de las Islas Filipinas por el Adelantado Miguel López de Legaspi, la llegada de la famosa "Nao de China" era para los habitantes de la Nueva España un acontecimiento de grandísima importancia.

Construídas esas grandes embarcaciones en los astilleros de Bagatao, lugar cerca de Manila, conducía cada galeón anual, unas seiscientas personas, incluyendo los pasajeros, bajo el mando de un general de la armada. El cargamento se componía de productos filipinos, como algalias, paños burdos y drogas, pero en mayor cantidad de artículos chinos: enormes cantidades de tela de seda y seda en rama, varias clases de porcelanas, cincuenta mil pares de calzas, piezas de género, especias, joyas y juguetes. De regreso de Acapulco el cargamento del buque consistía principalmente de plata, cochinilla, dulces y artículos de modistas, procedentes de Europa. Para la llegada de la nao, convertíase Acapulco en concurrida y alegre población, pues a ella acudían los comerciantes más ricos de México, del Perú y aún de Chile, quienes plantaban extenso campamento de tiendas, porque no se hallaba suficiente alojamiento en la ciudad. Durante más de dos siglos la "Feria de Acapulco" fué muy celebrada.

Por regla general, salía la nao de Manila en

julio y llegaba a Acapulco en enero siguiente; una vez realizadas las mercancías, zarpaba de este puerto en marzo y arribaba a aquel en junio. En la travesía rumbo a América, era tan segura la lluvia entre los paralelos 30 y 70 que no se hacía grande provisión de agua potable, sino que se fijaban empalletados hacia arriba y hacia abajo en el aparejo del buque, y recogíase el agua en vasijas formadas con artesas de bambú, que se colocaban en el fondo de los empalletados.

Grande, pues, era el comercio que se hacía entre Acapulco y México. Empleábanse mulas de carga para el transporte de las mercancías orientales, y cuando éstas no se vendían en México, eran enviadas a Veracruz y de allí exportadas a Europa.

Solían llegar también en esas naos encopetados personajes de las Islas Filipinas, ya fuera para radicarse en México, o de paso para España. En la que zarpó de Manila a fines de 1702, tomaron pasaje para Acapulco, don Fausto Cruzat, gobernador que había sido de aquellas provincias, y que venía preso por orden del Comisario de aquella Inquisición, su familia, y don Domingo Sánchez de Tagle, hijo de don Pedro del mismo apellido, Regidor de la ciudad de México y miembro de una de sus principales familias. Ya fuera debido a lo

largo de la travesía, o a la edad más o menos avanzada del ex gobernador, el caso fué que Cruzat terminó sus días a bordo, el 25 de noviembre; y su cadáver fué arrojado a la mar con toda la imponente solemnidad de esos tristes casos. Su hija, María Ignacia, aparte de las prendas morales que la adornaban, y aparte también de la hermosura de su rostro, tenía el enorme atractivo de poseer una dote de seiscientos mil pesos, cantidad no despreciable en aquellos ni en estos tiempos, de manera que no desaprovechó la ocasión el buen Sánchez de Tagle, sino que a la vez que la consolaba por la pérdida de su padre, ganaba el corazón de la rica huérfana; tanto, que al llegar al término del viaje, había conseguido ya que le diera palabra de casamiento.

Prometíaselas muy felices el de Tagle, pero ¡qué serie de contrariedades guardábale el destino! Ocurrió la primera de ellas el 6 de febrero de 1703, cuando el Virrey, Duque de Alburquerque, dió orden para que fuera preso por "haber traído mucha hacienda sin registro", y mientras se ejecutaba la orden, se esparció por toda la capital la noticia de la llegada de tan rica heredera, a quien, por venir de Filipinas, apellidaron desde luego "la China".

Brotaron, como era natural, un sinnúmero de

pretendientes a su blanca mano y amarillos doblones; pero para no citar a todos, diremos que se la disputaban principalmente el Conde de Santiago, el Oidor Uribe y don Lucas de Careaga, juventud dorada que quería serlo más. Como los dos últimos pronto quedaron fuera de combate, estableciose recia contienda entre el primero y Sánchez de Tagle, alcanzando tales proporciones, que toda la sociedad de entonces tomó bandos: unos, con la alta personalidad del Virrey a la cabeza y los hermanos de la Cruzat, favorecían al de Santiago; otros a Tagle, a quien apoyaban principalmente la Virreina, doña Juana de la Cerda y el Arzobispo de México, don Juan de Ortega Montañés. Determinó éste, por pronta providencia, asegurar la persona de "la China". A las dos y media de la tarde del 6 de mayo montó en su carroza, y, acompañado del Alcalde de Corte, don Manuel Sánchez Muñiz, y del Provisor, dirigióse hacia la Tlaxpana, a una casa de campo llamada "la huerta de Cantabrana", en donde la familia Cruzat había establecido su residencia. Llevó consigo a la doncella y la depositó en el Convento de San Lorenzo, encargando a las monjas que la atendieran cumplidamente.

Pasados un mes y días, el 14 de junio, octava de Corpus, y ya libre Sánchez de Tagle de

la prisión que sufriera por su contrabando, fué en compañía del prelado al citado convento, y allí mismo, en la portería, se efectuó el matrimonio, no obstante que, pocos días antes, una mujer había presentado demanda contra don Domingo por haber quebrantado la palabra de casamiento que le diera, demanda que no tuvo efecto, pues el Arzobispo despachó con cajas destempladas a Juan del Corral, abogado de la presunta esposa.

La ceremonia nupcial no fué tan pacífica como era de esperarse, pues mientras se verificaba, los parientes y criados del novio, armados hasta los dientes, custodiaban el convento dispuestos a entrar en combate con cualquiera que pretendiese impedir el matrimonio.

Los hermanos de la novia acudieron indignados al Duque de Alburquerque; le informaron de lo que acontecía, y le pidieron que enviara la guardia de palacio para que estorbara el enlace. Accedió gustoso el Virrey, pero cuando llegaron a San Lorenzo, la pareja había desaparecido, cosa que puso fuera de sí a los Cruzat, quienes armaron gran alboroto en la portería del convento, y se hubieran arrojado dentro de él si las monjas no hubieran cerrado rápidamente la puerta. Enterado el Virrey del suceso, se enojó grandemente, y esa misma noche hizo prender al novio, im-

poniéndole una multa de diez mil pesos y decretando su destierro a Panzacola; a su padre, don Pedro, a Acapulco, y a su deudo, don Luis Sánchez de Tagle, a Veracruz, ambos también con diez mil pesos de multa.

Sin embargo, el comercio y los empleados de la Casa de Moneda intercedieron para que no se desterrara al último de estos señores, y no sólo él, sino que también don Pedro, fueron, al fin y al cabo, perdonados. No así el infortunado don Domingo: preso primero en la Cárcel de Corte, fué sacado de ella una tarde por el Alcalde, metido en un coche y transportado a San Juan de Ulúa, camino de su destierro.

Los hermanos Cruzat, según corría la voz, querían arrojarse sobre el convento de San Lorenzo, en donde había quedado nuevamente depositada su hermana, con intención de matarla, y para impedir tan monstruoso atentado, ordenó el Virrey que se dieran por presos en su casa de la Tlaxpana, con prohibición de salir de ella, bajo pena de diez mil pesos de multa.

Mientras tanto, la Duquesa de Alburquerque, partidaria como hemos dicho del de Tagle, se había disgustado con su marido, al grado de no dirigirle la palabra; pero el 23 del citado, a instancias del Arzobispo, consintió en una reconciliación.

En cuanto a la infeliz doncella, debido sin duda a tan tristes acontecimientos, enfermó de gravedad en su retiro de San Lorenzo, y habiéndosele declarado fortísimo tabardillo, acudió el Arzobispo a confirmarla el 17 de julio. Tan triste ceremonia se verificó en el mismo cuarto en que se hallaba, "en donde se puso altar y el aparato necesario"; asistieron el Provisor y el doctor don Miguel González, medio racionero; fué madrina la madre priora y —añade el cronista— "no hubo aguas ni chocolate".

"La China" había otorgado su testamento días antes, en el cual disponía que se le pagasen a Sánchez de Tagle los gastos que erogara con motivo de su casamiento, más de diez mil pesos, y legó el resto de su fortuna a su abuela y hermano mayor.

¡Cuánta verdad es la del adagio que dice que el hombre propone, pero que Dios dispone! ¿Quién de los numerosos pretendientes de "la China" imaginárase que ésta había de desposarse con la muerte, que por lecho nupcial había de tener una fosa?

LOS BORDA

Todos los viajeros que llegan a Cuernavaca acuden en seguida a los Jardines de Borda, tan ponderados en guías y periódicos, pero la mayor parte de los visitantes queda desilusionado al encontrarlos en tristísimo abandono: sus balaustres y escalinatas destruídos y cubiertos de moho, encenagados sus estanques, sus senderos sepultados por la hojarasca, sus manglares y naranjos invadidos por roedores líquenes.

Si de la Borda gastó más de un millón de pesos en sus jardines, se debió sin duda alguna, a la dificultad que para su trazo presentaba el terreno en declive, habiendo sido necesario construir grandes terrazas y para ello acarrear enormes masas de tierra; confesemos, sin embargo, que aún considerado todo esto, parece exagerada la suma citada.

Joseph de la Borda, nació en la Provincia de Jaca, del Reino de Aragón, por los años de 1710, y a los dieciséis de edad pasó a la Nueva España en la flota mandada por el general de Marina don Luis Fernández de Córdoba.

Cortejó a la fortuna en los minerales de Tlalpujahua, Zacatecas y Taxco; en este último lugar

alcanzó una gran bonanza, tan grande que algunos la hacen ascender a cuarenta millones de pesos; y desde entonces, a semejanza de lo que hacían los mineros afortunados en su época, empezó a ejercer la caridad a manos llenas, debiéndosele muchas obras piadosas y de beneficencia. Construyó el magnífico templo Parroquial de Taxco, con un costo de más de millón y medio de pesos, siguiendo el estilo de Churriguera, que se dedicó a San Sebastián y Santa Prisca, terminado en 1757, y que contiene buenos cuadros que para él pintó Miguel Cabrera. Entre los ornamentos que regaló a la iglesia figuraba en primer término la espléndida custodia, cubierta de pedrería, que después fué de la Catedral de México, y la cual, robada en 1861, existe hasta la fecha, según se dice, en Notre Dame de París. Era toda de oro macizo, de primorosa labor, de vara y media de alto; adornábase con cuatro mil seiscientos ochenta y siete diamantes, entre rosas y tablas, dos mil setecientas noventa y cuatro esmeraldas, quinientos veintitrés rubíes, y numerosos zafiros, amatistas, jacintos y perlas.

Por su fortuna don José de la Borda, llegó a ocupar prominente lugar en la sociedad metropolitana. Los más encumbrados personajes acudían a sus saraos y fiestas en el suntuoso palacio que

construyó, en grande y magnífica escala, en la capital del virreinato, y del que buena idea puede formarse hoy, al considerar que era nada menos que la casa situada en la Avenida Francisco I. Madero, esquina de la de Bolívar; la cual por cierto, no fué más que parte del primitivo proyecto de su dueño, quien pensaba edificar toda la manzana, cosa que impidió un repentino quebranto de su fortuna.

A juzgar por el retrato que de él se conserva en Taxco, era don José de la Borda un caballero delgado y de nariz afilada, que nada debía a la hermosura; se casó, sin embargo, en aquel mineral, con doña Teresa de Verduzco, en el año de 1720. Murió en Cuernavaca a 30 de mayo de 1778, y se le hicieron muy suntuosas honras fúnebres, cuya descripción, impresa con el título de "El Fénix de los Mineros", es hoy casi imposible de encontrar.

Fueron sus hijos don Manuel y doña Ana de la Borda y Verduzco; ésta llegó a profesar en el Convento de Jesús María de México, con el nombre de Ana María de San José, y aquél a graduarse de doctor en Filosofía, en la Universidad.

"Dedicó su borla —dice Castro Santa Ana—, al Illmo. Sr. Rubio Salinas, quien autorizó la función con muchos señores ministros ambos Cabildos, prelados y nobleza; el refresco de su casa fué de los más opulentos y costosos que se han visto en esta ciudad; al Illmo. Mecenas le envió cuatro fuentes de plata de quince marcos cada una, las dos con dos arrobas de exquisitos dulces, floreados de cartulina, guarnecidos de punta de Milán; las otras dos exquisitas masas; del mismo tenor fueron otras dos que se llevaron a SS. EE. (los Virreyes) y a ambos exquisitas aguas heladas; el anillo que el Illmo. Sr. Mecenas dió a su ahijado, era un brillante diamante....."

A don Manuel de la Borda se deben los jardines de su nombre, así como la iglesia de Guadalupe a ellos contigua. Afecto al estudio de la botánica y de la horticultura, reunió en aquel sitio variadas especies de flores y frutas, de manera que además de un "buen retiro", se construyó un jardín botánico y huerto de aclimatación.

Cuando el Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, en la visita de su vasta arquidiócesis, pasó por la villa de Cuernavaca, fué alojado en la casa de de la Borda, quien lo agasajó como correspondía a su rango. Cuentan las crónicas que una de las fiestas que dió en honor del Prelado, consistió en una campestre en los jardines, que hizo época. Al llegar la noche iluminároнse espléndidamente y quemáronse fue-

gos de artificio como nunca se habían visto en la Nueva España y causaron tal admiración en los concurrentes que no vacilaron en declarar la fiesta digna de todo un monarca.

LOS CRESOS COLONIALES

Principal fuente de riqueza en los tiempos virreinales era la que emanaba de las entrañas de esta noble tierra mexicana, la cual, no contenta con los riquísimos frutos por su privilegiado suelo prodigados, guarda en su seno abundancia de aquellos metales que tanto codicia el hombre, que por ellos peca, mata y muere.

Pero, afortunadamente los caudales que rindió la Nueva España tuvieron nobilísimo empleo, puesto que sirvieron para erigir suntuosos templos y benéficas instituciones que la posteridad agradece, y aplaude la historia, inscribiendo en sus páginas, con letras de oro, los nombres de sus preclaros fundadores. Fué crecido el número de éstos y tan grandes sus fortunas, que adquirieron fama legendaria, comparable sólo con la de aquel Creso, cuyas riquezas asombraban a la antigua Roma.

En aquella sociedad eminentemente religiosa

era natural que los cresos coloniales erogaran fortísimos gastos en construir o exornar la casa del Señor. Díganlo si no los soberbios templos erigidos por Borda en Taxco, por el Conde de Santiago de la Laguna en el Cerro de la Bufa en Zacatecas, y por el de Valencia en la mina de este nombre cerca de Guanajuato. Por rara fortuna, la iglesia de la Valenciana se conserva casi intacta hasta la fecha, y ella nos habla de la esplendidez de don Antonio de Obregón y Alcocer, que no vaciló en emplear en su construcción la suma de ochocientos cincuenta mil pesos. Por cierto que, según cuenta, el párraco de Guanajuato, al ver que se erigía tan suntuoso templo, objetó que el permiso que se diera había sido para una capilla y no para una catedral, y, después de alguna controversia, se convino en que para que guardase su categoría, se construyese solamente con una de las torres que se proyectaran. Innumerables fueron las donaciones que le hizo el Conde de Valenciana a conventos y hospitales, y, no obstante el boato que lo rodeaba, supo siempre conservar gran sencillez de costumbres.

"Antes de tener la bonanza de Valenciana —dice Bustamante—, Obregón se presentó en Valladolid en solicitud de una dispensa matrimonial; concediósela el Sr. Obispo Rocha, y habiendo ido

a darle las gracias, se le quedó mirando de hito en hito, le puso ambas manos sobre los hombros, y le dijo con voz firme y tono profético: Vaya Señor Obregón, V. será muy rico. Estas palabras llenaron de consuelo a Obregón, y cuando disfrutaba de una opulenta fortuna, decía: Para que fuera completa mi suerte sólo me falta que el Sr. Rocha viviese, para que viera cuán acertado estuvo en su vaticinio. El Conde de Valenciana no aguardaba que le pidieran; apenas sabía que un pobre se había muerto, cuando se informaba de la familia que dejaba y le mandaba socorros abundantes".

Su yerno, el Conde de Casa Rul, construyó bajo la dirección del célebre Tres Guerras, una casa-palacio en Guanajuato, cuya clásica fachada es uno de los principales ornamentos de aquella pintoresca ciudad (1).

Los marqueses de San Clemente y Vivanco, por su parte, con el producto de sus minas de Cata, Mellado y Bolaños, construyeron obras de importancia e hicieron cuantiosos donativos al monarca; y el de San Juan de Rayas, además de construir la soberbia capilla de este nombre, erogó la mitad del costo de la iglesia de la Com-

(1) Esta casa pasó, poco después, a poder de la familia de Otero.

pañía, en Guanajuato, iglesia que por su tamaño y majestad, merece los honores de Catedral. En prueba de agradecimiento el rey don Carlos III le hizo varios obsequios, entre ellos una mantilla de riquísimo encaje para la marquesa.

Pero, de todos los mineros, el que indudablemente llamó más la atención de sus contemporáneos, fué el primer Conde de Regla. D. Pedro Romero de Terreros, quien, desde que el cielo quiso favorecerlo con inmensa fortuna extraída del Mineral del Monte, ejerció la caridad en asombrosa escala, erogando todos los gastos para las misiones de Coahuila y Tejas, dotando a innumerables religiosas, y de mil maneras diversas.

Nadie ignora que el actual Monte de Piedad fué fundación suya, para la cual donó trescientos mil pesos; favoreció y protegió a sendos colegios de la seráfica orden en México, Querétaro y Pachuca; hizo préstamos y donativos al Estado por valor de varios millones de pesos; pero un hecho sin precedente y no igualado hasta la fecha, fué el de haber regalado a Carlos III un buque de guerra de tres puentes y ciento quince cañones, provisto de víveres y todo lo necesario para seis meses. Este hermoso barco construído todo él de caoba en el astillero de La Habana, se llamó "El Conde de Regla", alias "El Terreros", y figuró

en las batallas navales de aquel tiempo, según refiere don Benito Pérez Galdós en el primero de sus "Episodios Nacionales" Trafalgar. Para perpetuar la memoria de tan magnífica donación ordenó el católico monarca que siempre hubiera en la real armada un buque de guerra denominado "El Conde de Regla", orden que, ocioso es decirlo, no fué cumplida.

Don Pedro Romero de Terreros, no obstante su piedad y celo caritativo, era fastuoso en alto grado, y su palacio en la capital de la Colonia estaba amueblado con tanto lujo y tal abundancia de precioso metal, que bien pudo llamarse la "Casa de Plata".

Por supuesto que las riquezas del Conde de Regla dieron margen a numerosas consejas. Contábase que todas las herraduras de sus caballos eran de plata, y que cuando se bautizaban sus hijos, la procesión de su casa a la parroquia marchaba sobre barras de este metal. Asegúrase también que en cierta ocasión la Condesa al reconciliarse con la Virreina, después de un pleito que con ella tuvo, la obsequió con un par de zapatillas cubiertas con diamantes y otras piedras preciosas.

"Para demostrar su gratitud por el título que le confiriera —escribe el viajero inglés Mr. Robert

Wilson—, invitó al rey para que visitara sus minas, asegurando a S. M. que si se dignaba hacerle tan señalado favor, los reales piés no tocarían el suelo de la Nueva España puesto que en donde quiera que bajase de su carroza, pisaría sobre plata, y el lugar en donde se alojara sería forrado del mismo precioso metal".

¡A tal grado llegaron las consejas del vulgo acerca de las riquezas de este personaje!

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que extrajo un caudal inmenso de sus minas, el cual consagró en su mayor parte al servicio de su Patria y de su Dios.

Interminable tarea sería la de citar todos los próceres benefactores de la Colonia. Bástenos citar al Marqués de la Villa del Villar del Aguila, que construyó el grandioso acueducto que surte a la ciudad de Querétaro del precioso líquido; y que, en la capital, la iglesia de Nuestra Señora de Loreto la más hermosa y clásica en todo el país, monumento imperecedero de la gloria arquitectónica del insigne Tolsá, se debió a la piedad del primer Conde de Bassoco y de su esposa, la Marquesa de Castañiza, a cuyas expensas fué construída.

Mas no solamente los mineros fueron los cresos de Nueva España. Colosales fueron también

las fortunas de algunos terratenientes. El Conde del Valle de Orizaba (dueño de la histórica casa de los azulejos) poseía cincuenta y cinco haciendas en el hoy Estado de Puebla; los Marqueses del Jaral de Berrio y Condes de San Mateo de Valparaiso, inmensas propiedades en Guanajuato, Zacatecas y Durango, además de las casas-palacios que hoy ocupan el Hotel Iturbide y el Banco Nacional; y el mayorazgo del Marqués de Guadalupe, llamado Ciénega de Mata, abarcaba una gran extensión en los hoy Estados de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, y su cabecera semejaba un feudo de la Edad Media: amplísima casa señorial, monumental iglesia, capaces trojes y graneros y calles enteras de casas de los dependientes, circunvalado todo por una muralla con fortines y garitas!

Muy extensas eran también las propiedades del Marqués de San Miguel de Aguayo en Coahuila, al grado que se podía correr a todo galope una semana entera sin salir de ellas. Por cierto que su numeroso séquito de lacayos y mozos, debido al color de los chalecos de sus libreas, eran conocidos en toda la comarca con el apodo de los "barrigas coloradas".

BESAMANOS Y SARAOS

Con el establecimiento en la Nueva España de la dignidad virreinal, representando en todo a la persona del monarca, era natural, por así exigirlo el decoro del gobierno, que al rededor del Virrey se formara una Corte, no tan numerosa ni espléndida, seguramente, como la de la metrópoli, pero no por eso menos estricta o ceremoniosa. Era, pues, la meta de toda persona de sociedad asistir a las recepciones de Palacio. En cuanto a este edificio larga y accidentada ha sido su historia, pero para nuestro objeto bástanos recordar que, estrenado en 1562, por el Virrey don Luis de Velasco, fué exornado más tarde por el Marqués de Falces, quien hizo pintar una batalla en uno de los salones, y renovado en grande escala por Fray Payo Enríquez de Rivera; incendiado en el tumulto de 1692, pasáronse los Virreyes a la casa del Marquesado del Valle (hoy Monte de Piedad), mientras se hacían las reparaciones necesarias, y no fué sino hasta el 19 de agosto de 1785 que se "estrenó el magnífico salón de besamanos con una colgadura de damasco carmesí con galón, flecos, borlas de oro, un retrato del Rey muy especial y diez docenas de sillas de madera fina; veinticuatro forradas en terciopelo y galón de oro y las